

La
historia
del hielo

LA PESTE BLANCA

David Martín Del Campo

loqueleg®

*Aunque, por otra parte, qué más da,
¿por qué no evaporarse sin dejar rastro?*

AMOS OZ

I

¡Quémalo todo!

El hielo fue nuestra bendición. Ahora que está desapareciendo, acabará por llevarnos, paulatinamente, a la extinción.

“Creo que es necesario dejar por escrito la sucesión de los hechos”, recapacitó Juana Mendiguchía en lo que obtenía un antiviral en sobreprecio, tal vez el último, en la farmacia del barrio. Era demasiado tarde para ese tipo de consideraciones. Su padre en cama —tres días postrado— mostraba ya los brotes de aquella extraña gripe, tal vez influenza, porque los síntomas de la enfermedad eran particularmente reconocibles. Escalofríos, vómitos, fiebre alta a punto del delirio. Sobre todo, destacaba un signo que el médico valoró como “por demás peculiar”: la piel nevada.

Después de todo su padre, el doctor Carlos Mendiguchía, había permanecido varios meses en la tundra siberiana y ahora, luego de un portentoso rescate, estaba de

vuelta en casa y mostraba aquel rastro inexplicable. En la frente, lo mismo que en los pliegues del cuello, asomaba una leve escarcha como si lo hubiera sorprendido el golpe de la cellisca en el momento de abrir la ventanilla del ferrocarril Transiberiano.

Congelado, *frozen* (mencionan en las películas), el rostro cubierto por un puñado de harina. Algo así como un escalón intermedio entre la vida y la muerte.

Sin embargo, el errante científico se encontraba, por fin, en su alcoba del barrio de Tlalpan. Y encima, no había nada que hacer. Nada más que administrarle el antiviral, reposar y permitir que el cuerpo, en su rebelde sabiduría, respondiera con las infanterías de la inmunoglobulina.

Se afirmaba que esos potentes antivirales (Tamiflu, aciclovir) menguaban las manifestaciones más visibles de la enfermedad, solo que no por descender de los cuarenta y uno a los treinta y ocho grados de temperatura implicaba que el enfermo pudiera abandonar las sábanas. Que disminuyeran los escalofríos iba a estar muy bien, pero lo que intentaban suprimir eran las alucinaciones en voz alta —eso que los especialistas llaman delirio febril—; porque el extraño frenesí le hacía confundir fechas y personas, momentos y lugares, ensueño y realidad.

—¡Maruja, Maruja, que se escapan las borregas!

—Papá, por favor, ¿no te das cuenta? —la Gucha trataba de retenerlo en la cama, acomodarle el cubrebocas, devolverlo a la realidad.

Pero “¿no te das cuenta de qué...?”, recapacitaba ella, ahora que la realidad no era más que confusión.

La Gucha había logrado conseguir dos cajas de Tami-flu, aunque de fecha caducada, que de cualquier modo aliviarían los arrebatos delirantes de su padre, los cuales protagonizaban una situación por demás divertida. Surgían como una suerte de encantamiento luego de que él deglutía la última galleta con mermelada.

—¡Anda, Maruja, que se están escapando por debajo del corral! —le había demandado la noche anterior, porque Carlos Mendiguchía Alonso, doctor en Ecología y Física, ciertamente gozó de una infancia pastoril en las llanuras de Zacatecas. Ovejas, cabras, vacas necias que se resistían a la vara.

Y los lobos, aquellos famosos lobos de los tiempos de su abuelo que, por cosa de la poesía, habían migrado a las páginas de los libros infantiles. “¡Ahí viene el lobo... Ahí viene el lobo!”, y ahora el que había llegado era ese virus sorpresivo asomando desde las tinieblas.

La Gucha estacionó el auto frente a la casa familiar. Lo hizo lento, en varios movimientos. Hacía una semana que ostentaba aquel permiso provisional de manejo que le permitía conducir a no más de sesenta kilómetros de velocidad y no después de las veinte horas. Apagó el motor y dudó, a partir de ese punto, cómo proceder.

De seguro que le iban a solicitar otro encargo: adquirir un litro de nieve de limón en el supermercado (era lo primero que demandaba su padre cuando despertaba), recoger a la nueva enfermera en la estación del metro, tramitar la cédula justificante que les permitiría seguir cobrando, en ausencia, los sueldos del científico en el Instituto Nacional de Ecología.

“*Nedi yi-limáo*”, pronunció Juana al recordar a ese buen amigo meses atrás.

Neve de limão era la frase en portugués, aunque prolongar esa amistad al otro lado del mundo sería poco menos que imposible.

Qué absurdo resulta hablar de la nieve —aunque fuera de limón— en el continente de la nieve. Como disertar sobre la esencia del mar en mitad de la Polinesia, o charlar sobre las bendiciones del aire a punto de arrojarnos en paracaídas. Era una situación paradójica..., y ahora su padre clamaba por esa, la *neve de limão*, a fin de apaciguar su trastorno febril.

¿Cómo se llamaba aquel muchacho? Álvaro. ¿Qué edad tenía? Diecinueve, uno más que ella. ¿Qué hacía en aquella estación científica al borde del círculo polar ártico? Acompañar a su madre como “asistente integral”, porque la doctora Neves, aunque experta en la fauna del Pleistoceno, tenía dificultad para desplazarse. “La sabia de São Paulo”, la llamaban. Álvaro Teixeira, Chuchú, ladrón de limones en la alacena de la estación de Ambarchik.

Pensaba en él constantemente. Durante aquellas semanas se había desempeñado como su intérprete, por no decir que su interlocutor más cercano.

Y la tía Maruja... ¿Sería conveniente llamarla? ¿Solicitarle que se desplazara a la Ciudad de México para *saldar* a su único hermano?, ¿a su edad? “Pero ¿no andaba por Rusia con sus investigaciones?”, iba a ser su primera reacción desde Jerez. Ah, la tía Maruja, tan despistada.

En cuanto ingresó en la alcoba, la Gucha se alegró al descubrir que su padre la recibía como si de una pieza.

—¿Sin problemas con el espejo? —indagó él.

Al segundo día de iniciarse como conductora del auto familiar —un Jetta de varios años de uso— había tenido un “percance”. Afortunadamente fue contra una columna del estacionamiento subterráneo, donde dejó embarrado el espejo lateral. Ahora llevaba el espejo retrovisor reparado con siete vueltas de cinta canela.

—No, todo bien. Te conseguí el Tamiflu —la Gucha empezó a sospechar que ese iba a ser el tema central de las pláticas. ¿Te estacionaste bien? ¿Respetaste el límite de velocidad? ¿No te detuvo la patrulla?

—Bueno, *liubimaya*. Me someteré a lo que dice la receta —eso, en ruso, significa “querida”—. ¿Me alcanzas el vaso de agua?

El doctor Mendiguchía le dirigió una mirada sumisa. Varias semanas la Gucha había permanecido en Ambarchik buscando a su padre, y ahora las fisuras del planeta parecían fracturarse. Todas eran resonancias a partir del boletín de la agencia Kyodo News International, que muy pronto desmintieron tanto la Academia de Ciencias de Rusia como el Instituto Nacional de Epidemiología, en México. “Se trata de una campaña de rumores sin base científica”, “No hay datos certeros de un solo contagiado, como quieren hacerlo parecer”, repetían una y otra vez.

Juana Mendiguchía observó a su padre deglutiendo aquella píldora, caducada varios meses atrás, según se indicaba en la cajita del fármaco. Le pareció que su inquieto progenitor había rejuvenecido medio siglo. Se comportaba igual que un niño obediente que, luego de pasar la tarde jugueteando bajo el aguacero, aceptaba con sere-

nidad el jarabe y el vaporizador prescritos en la receta. Un niño de once años prometiendo ya no repetir la travesura.

Entonces la Gucha reconoció la torpeza ingénita de su padre. La mano izquierda como si fuera ajena; los dedos meñique y anular que lo acompañaban como dos implementos inútiles, pues desde su “aventura” habían perdido la sensibilidad —ya no digamos la movilidad— y perduraban como simples aditamentos para no llamar demasiado la atención.

El doctor Mendiguchía depositó el vaso en la mesita y suspiró antes de encarar a su hija:

—¿Le dijiste algo a tu mamá?

En el tono de la pregunta afloraba un cierto reproche, aunque no pudo ocultar el sonrojo.

—¿Le dije qué, papá?

Juana había preguntado aquello porque ya iba comprendiendo que la vida, por encima de los entusiasmos, discurría como un cofre de secretos.

—Es que estaba muy seria esta mañana —apuntó sin mirarla—. Antes de irse a trabajar.

Luego de un lapso, pronunció:

—Volodia.

—¡No, papá!, ¡cómo crees! —protestó la muchacha abriendo los ojos descomunales.

Juana conservaba las llaves del auto en la mano. Dudó si devolverlas a la mesita junto a la puerta o retenerlas por siempre. De modo que bajaría a la cocina, prepararía una malteada de fresa y luego volvería a montar el Jetta, abandonando todo, y no pararía hasta llegar a Tijuana.

Aunque de por medio iban a presentarse —pequeño detalle— las recargas del depósito de gasolina.

—Sé que es un muchacho muy correcto —el científico suspiró después de soltar la frase—. Era algo que estaba destinado a permanecer oculto. Oculto por el fin de los tiempos. Pero ya ves.

—Sí. Ya vi.

¿Qué más podía contestarle? La Gucha miró el termómetro en la mesa, el recipiente intacto de la gelatina, la caja de klínex.

—Y mírame ahora..., ¿será una recaída?

El doctor Carlos Mendiguchía se resistía a la situación; diez años atrás era él quien procuraba a su hija con bromas y arrumacos para hacerla olvidar su postración. Ahora los papeles se habían trastocado.

—No creo —opinó la Gucha—. Debe de ser otra cosa, papá.

—“Tuberculepra” —mencionó el enfermo.

—¿Tuber qué?

—Es lo que recitábamos en la escuela cuando comenzaban las vacaciones; que nos diera eso, “tuberculepra cancerosa”, antes que regresar a clases.

Volvieron a mirarse con serenidad. Semanas atrás habían viajado a lo largo de medio hemisferio, de retorno a América, y ahora estaban ahí como dos nerviosos desconocidos.

—¿Te prendo la tele?

—No, muchas gracias, hija preciosa. Me produce sueño y lo que quiero es meditar; meditar sobre todo lo que ha pasado.

—Entonces, ¿te traigo algo? —“todo lo que ha pasado”, se repitió Juana, queriendo recordar y no recordar aquellos días de estupefacción.

—Estoy bien así. Solo un poco mareado... Menos mal que ya no se han repetido las migrañas.

—Como al principio... —¿para qué insistir?

—Bueno, sí —la sonrisa de su padre volvía a ser como la de antes. La de esos años de inocencia y paseos dominicales—. Límpiame un poco la frente, ¿quieres?

La Gucha buscó la caja de los pañuelos desechables.

—Cada vez me voy pareciendo más a Santa Claus, ¿verdad?

—Y todavía no es Navidad —sujetó dos klínex y procedió a remover aquella inexplicable escarcha.

—A lo mejor me estoy transformando en un zombi —bromeó su padre—. Con tanto enredo cromosómico, uno nunca sabe.

¿Qué era eso? Talco no, polvo tampoco, semejaba un rastro de pasta dental adherido al cristal del vaso. O nieve, simplemente nieve (nieve caliente), salvo el detalle de que aún no iniciaba el invierno.

—Voy a meter el coche —anunció Juana al hacer tintinear las llaves en el aire—. No me gusta dejarlo en la calle.

—Está bien, Gucha, ve —y antes de sufrir la siguiente andanada de escalofríos, alzó la mano como recordando:

—Bueno, sí; hay algo —la detuvo—. Quisiera pedirte un favor.

Hubo un lapso de aspereza. “Ahora, ¿qué?”, pensó ella.

—Quiero que vayas a mi cubículo, en el instituto, y que me traigas algo.

—Tú dime.

La Gucha imaginó cosas inconcebibles: una bolsa de dinero, un rifle con mira telescópica, unas pantuflas desgastadas.

—Mañana es sábado, llegas temprano, al fin que ya te conocen. Dices que vas por unas carpetas que dejé olvidadas —el doctor Mendiguchía movía las manos para apoyar sus palabras—. Abres la nevera de las muestras de estudio, la llave del candado está en el cajón del escritorio. Buscas la caja de chocolates. De la marca Alenka, ¿te acuerdas? Están en el primer compartimento.

—¿Te traigo tus chocolates? —no sonó a pregunta.

—El paquete sigue sellado con papel celofán. Está metido en una bolsa de plástico. Por nada del mundo se te vaya a ocurrir abrirlo —alzó amenazante las manos—. Insisto, no lo abras. Lo metes en tu mochila y lo cargas de regreso a casa.

—Andas de antojo —quiso bromear.

—Y cuando llegues, no me lo traigas. Subes de inmediato a la azotea y lo metes en una cubeta de lámina. Retacas algunos periódicos y con un litro de alcohol quemas todo.

—¿Con alcohol?

—O gasolina o tiner; lo que encuentres... ¡Quémalo todo! —el doctor Mendiguchía sufrió un acceso de tos. Luego, reponiéndose, insistió:

—Te fijas que la combustión dure por lo menos media hora, que se consuma bien. Y después, cuando se haya reducido a cenizas, tiras todo a la basura.

Su padre manoteaba reproduciendo en el aire aquella ejecución.

—Y por favor, Gucha, no le digas a nadie.

—Mucho misterio, ¿no? —rezongó la muchacha—. ¿Qué, trajiste medio kilo de heroína?

El doctor Mendiguchía torció una sonrisa. Frotó la piyama contra su frente buscando el rastro de aquella suerte de caspa.

—Ahora no lo puedo explicar, pero lo haré más adelante, lo prometo. Aunque vas a odiarme.

Motivos para odiarlo. ¿Es que pueden existir razones suficientes para sentir eso: odio hacia el progenitor de nuestra existencia? “Volodia”, se dijo, pero aquello era una simple sorpresa en el caos de los últimos tiempos.

—Algún motivo existirá.

Lo importante era que se recuperara lo más pronto posible. Amigos suyos como Felipe Solís, director del Museo de Antropología, o el escritor Federico Campbell habían muerto años atrás de aquel mal impronunciable. El virus H1N1.

—Todo lo contrario a la humildad. Me quise pasar de listo.

—“Volodia” —recitó, como si en ese nombre se concentrara toda la infamia.

—No. Él no tiene nada que ver con esto —buscó sus anteojos en la mesita—. La culpa es mía.

—Papá, ¿te está subiendo la fiebre?

—Tal vez... Recuerda que el sexto pecado corresponde a la soberbia.

—No te estoy entendiendo.

—¿Me puedes alcanzar el termómetro? —la muchacha obedeció en silencio.